

# Alla en el norte

Cuentos  
tarahumaras

Aldo Adame

Ilustraciones

Isela Becerra





# INPI

INSTITUTO NACIONAL  
DE LOS PUEBLOS  
INDÍGENAS



Organización  
de las Naciones Unidas  
para la Educación,  
la Ciencia y la Cultura

## México

**Lic. Adelfo Regino Montes**

Director General del INPI

**Dra. Bertha Dimas Huacuz**

Coordinadora General de Patrimonio Cultural,  
Investigación y Educación Indígena

**Maritza García Licona**

Directora de Comunicación Social

**Saúl Vicente Vázquez**

Director de Asuntos Internacionales

---

**Aldo Adame Pérez**

Textos

**Rosa Isela Becerra Rodríguez**

Ilustraciones

**Carla Becerril Cruz**

Arte y diseño editorial

**Norberto Zamora Pérez**

Coordinación



# Introducción

---

*Hay rumores de que vinieron del norte, de allá en donde se encuentran las Sierras Altas. La gente dice que los vio mientras atravesaban el cielo, algunos aseguran que éstos se quedaron para ser escuchados y después continuaron su camino. Unos viajaron en grupo y otros prefirieron ir solos.*

*Dicen que iban hablando, murmurando cosas que sólo se escuchaban cuando uno guardaba silencio. Eran voces, voces de aquellos que las habían enviado, historias de una comunidad. De la que habitaba en el noroeste, de la que se vio obligada a aislarse en las alturas para sobrevivir, para conservar su identidad.*

*Los rarámuri, así se nombraron ellos. Un pueblo con historias, de ésas que sólo se encuentran ahí, las que sólo pueden crecer en las alturas. Allá arriba en donde el viento sopla más fuerte y el eco tiene más potencia. Y las gritaron, más de una vez, contaron sus historias para que fueran escuchadas, se apoyaron del viento y le pidieron que se llevara cada palabra: —Con cuidado— dijeron, porque son muy viejas, antiguas. Historias que no guardan en papel porque es mejor escucharlas, la oralidad es su supervivencia, de los ancianos a los jóvenes. Que allá la voz sigue siendo importante.*

*Quienes las vieron dicen que eran ágiles, reflejaban los pies rápidos de sus oradores. Hubo algunos que pasaron de largo, que se taparon los oídos por el ruido que éstas contenían y que otros prefirieron tomarles fotos para el recuerdo.*

*Estas historias sirvieron para el encuentro entre habitantes de un mismo territorio, que quizá olvidaron que lo compartían. Los tarahumaras hablaron y con esas palabras abrieron la representación de su mundo, cómo ellos lo veían.*

*Entre seres sobrenaturales y la naturaleza que los rodeaba, pudieron formarse como comunidad y como individuos. Nos compartieron sus leyendas como prueba de la riqueza de este nuestro territorio, en el que a veces nos perdemos.*

*Como ellos, sus historias no pudieron permanecer quietas, y hay algunas que siguen viajando, acompañadas por el viento y por las voces de aquellos que viven en las alturas.*



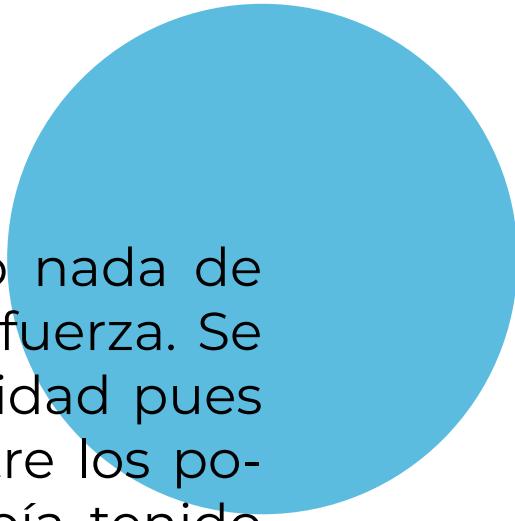






# *Semilla*





Aquella mañana era fría, no había caído nada de nieve, ni siquiera el viento soplabá con fuerza. Se debía a la situación que vivía la comunidad pues regresaban luego de sepultar a un cuerpo. Entre los pobladores se encontraba *Suré*<sup>1</sup>, un niño que había tenido que estar presente para darle el adiós a su padre *Rahui*<sup>2</sup>. Todo el recorrido era acompañado sólo por el sonido de las pisadas que hacían eco en aquellos altos terrenos.

*Suré* miraba hacia atrás constantemente viendo como aquel lugar, en donde su padre permanecería, iba perdiéndose del alcance de su vista. Su madre lo llevaba de la mano, temía que echara a correr, hacia cualquier dirección, ante la situación que había tenido que enfrentar.

—Vas a estar bien— le dijo su madre para tratar de romper aquel silencio. —Pero tenemos que seguir.

*Suré* no dijo nada, su corta edad no le había permitido experimentar la muerte de un familiar ni lo que podía suceder después de ésta. Él sólo quería estar triste y no pensar en nada, la idea de no volver a verlo era la que en ese momento dominaba su ser.

*Suré* decidió permanecer lejos de casa, pues aquel lugar estaba lleno de recuerdos de su padre. En momentos la veía y lanzaba una sonrisa hacia su hogar, pero después desaparecía. El recuerdo de su padre se manifestaba en la mayoría de los lugares que observaba. El silencio de *Suré* se vio interrumpido por un grito de su madre.

---

<sup>1</sup>Tiene corazón.

<sup>2</sup>Día.

—¡Hijo, ven a comer!

—*Suré* hazle caso a tu mamá. No puedes estar así.

Se levantó, pero no fue a casa sino que caminó hacia un viejo árbol de damascos en el que solía recostarse junto a su padre. Ahí permaneció sentado, mirando hacia la nada como si no supiera qué hacer ante lo que estaba viviendo. Así pasó un largo rato hasta que su abuela *Bimori*<sup>3</sup> se acercó a él.

—No estés triste, ¿no crees que a él no le gustaría verte así?

—Abuela, quiero estar solo.

—Yo sé cómo te sientes...

—¡No es cierto!— la interrumpió. —No sabes, él que se murió fue mi papá no el tuyo.

—No se te olvide que yo ya estoy vieja— señaló a su rostro lleno de arrugas. —He visto mucha gente morir, conocidos y familiares... Además no se te olvide que era mi hijo.

*Suré* se dio cuenta de lo que había dicho y casi de forma inmediata bajó su cabeza avergonzado por la forma en como se había dirigido hacia su abuela.

—Perdón.

—No importa, yo te entiendo. Ya te lo dije yo ya estoy vieja— ella empezó a reír.

La abuela conocía la historia que *Suré* tenía con su padre, y lo importante que era aquel árbol, pues bajo su sombra, era en donde solía escuchar las historias que su padre le contaba. La abuela se dio el tiempo para mirar todo el árbol, era como si cada sección le recordara un momento específico compartido por su hijo y su

---

<sup>3</sup> Niebla



nieto. Fue interrumpida por el movimiento que *Suré* hizo al levantarse, parecía que la hubiera ignorado y decidió irse del lugar.

—¿No quieres que te cuente una historia?

—No abuela, ya te dije que quiero estar solo.

A la mañana siguiente *Suré* se encontraba caminando en la sierra, eran terrenos que a él le gustaba recorrer, sin embargo, no solía alejarse pues tenía miedo de perderse. La zona, cubierta por algunos árboles, estaba invadida por sonidos provenientes del viento, de las ramas que se agitaban y del eco que producían sus propias pisadas. Aquellos terrenos estaban llenos de recuerdos, *Suré* imaginaba la figura de su padre moviéndose con una agilidad que sólo un tarahumara podía tener. Algo que *Rahui* le enseñó a *Suré* fue a aprender a ver las recompensas del lugar en el que vivían, la altura le permitía entender su relación con su comunidad y lo que la rodeaba.

El paseo fue interrumpido por un aullido, se trataba de un coyote que se encontraba cerca de ahí. *Suré* se asustó, pues no era normal que uno de aquellos animales estuviera tan cerca y, sin pensarlo dos veces, decidió regresar a su casa.

Llegando su madre le dijo:

—Seguro te lo imaginaste. Por eso no debes andar solo en esos rumbos, estás muy chiquito.

—No, te juro que lo escuché.

—Esos animales no se acercan tanto, son listos y saben lo que les pasa si lo hacen.

—A lo mejor, el coyote tenía hambre.

—¿Lo viste?— le preguntó su mamá, él negó con la cabeza.

—Seguro estaba lejos, el aullido de esos animales hace mucho eco.

*Suré*, ante el escepticismo de su madre ya no dijo nada. La abuela quien había estado sentada escuchando, lo miró y le lanzó una sonrisa.

—¿Quieres escuchar una historia?

—¿Para qué? Eso no va a hacer que mi mamá me crea.

—Bueno, pero puede que te ayude.

—No quiero— le dijo *Suré* molesto.

—Antes te gustaban las historias.

—Sí, pero era porque mi papá me las contaba.

—¿Y quién crees tú que se las contó? ¡Pues fui yo! Eso que escuchaste fue una señal.

—¿De qué?

—De tu papá.

*Suré* estaba confundido, no entendía lo que su abuela le estaba diciendo. El rostro de la abuelita estaba tan confiado al decir esto, que *Suré* le creyó. La abuela se acercó a él.

—Nuestro pueblo tiene una creencia. La muerte no es un final sino un cambio.

—¿Cómo es eso?

—Cuando uno de nosotros muere, puede regresar como un animal. Lo más común es un coyote.

—Eso parece invento— le dijo incrédulo.

—No, es una forma de mostrar la relación que tenemos con la naturaleza. Somos parte de ella.

—O sólo era un coyote— se levantó y dejó a su abuela junto con sus historias.

—Es muy pequeño. Deja que crezca más— le dijo la madre de *Suré*.

—Para mí ya tiene edad de entender el lugar en donde vive.

Ya habían pasado unos días desde la presencia de aquel animal. *Suré* se encontraba caminando en la sierra, se sentía más seguro pues el aullido que había escuchado no se hizo presente de nuevo, por ende pensó que la historia de su abuela no era cierta.

—¡Oye! ¿Dónde estás?— gritó de forma burlona. —¡Ven!

La única respuesta que obtuvo fue el eco que su grito había producido.

—Lo sabía— se dijo a sí mismo. —Sólo me contó eso para que me sintiera mejor.

Esas últimas y dolientes palabras se vieron opacadas por un ruido, eran unas pisadas que se acercaban. *Suré* no alcanzaba a ver nada, sólo escuchaba la cercanía que éstas tenían. Su rostro se transformó, estaba asustado, pues se había encontrado con un coyote. El animal se le quedó mirando, no hacía nada más. El miedo de *Suré* era tanto que su cuerpo se paralizó, no quería siquiera parpadear por temor a lo que pudiera suceder.

El coyote hizo un leve movimiento de cabeza y para calmar al niño, lanzó un fuerte aullido y después se fue del lugar. Una vez que *Suré* perdió de vista al coyote, el chico hizo lo mismo, se fue.

Al ver a su madre y a su abuela no dijo nada, se acercó a su abuelita y la abrazó muy fuerte.

—¿Estás bien? ¿Qué pasó?

—Lo vi abuela, lo vi.

—¿A tu papá?

—Sí, me lo encontré de frente. Vino a mí cuando le grite.

—Ves, te dije que nosotros no nos vamos. Somos parte de la naturaleza.

*Suré* se acercó a su madre, también la abrazó y por fin, después de tantos días, pudo llorar la muerte de su padre.

*Ariché*





Esa mañana el Sol estaba tan cerca de la sierra que parecía que, con solo estirar el brazo, podías tocarlo. Los rayos en su máximo esplendor alcanzaban a iluminar a toda la comunidad de ese lugar, al igual que a los animales. *Suré*, con más edad, seguía siendo de los más jóvenes y aquel día le habían encargado alimentar a los marranos que tenía su familia, era uno de esos trabajos que a él no le gustaban, ya que a muy temprana edad se le había enseñado a trabajar, sabía que era su deber hacerlo.

*Ariché*<sup>4</sup>, una mujer mayor, notó la molestia con la cual él estaba realizando el trabajo. A pesar de su edad, *Ariché* se caracterizaba por ser una mujer fuerte, además de conocer una gran cantidad de historias sobre su comunidad.

—Si les das comida molesto les puede hacer daño— le dijo mientras se acercaba al corral. —Puede que después la carne no esté buena.

*Suré* se limitó a mirarla, recorrió su cuerpo de pies a cabeza como si nunca la hubiera visto, de hecho le resultó algo extraña pues no se había dado cuenta de su presencia.

—Sí, ya sé. Estoy vieja— *Ariché* se colocó junto a él. —Pero todavía sé lo que te digo.

—Ya entendí— le dijo de forma tajante.

*Ariché* empezó a reír ante la actitud del joven. Ella tenía la suficiente edad para comprenderlo.

—¿Qué querías?— le dijo. —Todavía estás joven por eso te

---

<sup>4</sup>Atardecer.

ponen a hacer eso.

—Pues no me gusta. Puedo ayudar a construir o ir a matar a algún animal.

—No lo dudo— *Ariché* tomó la comida que sostenía *Suré*. —Tus pies no te permiten estar quieto, eso es algo que nos caracteriza.

*Suré* se recargó sobre el corral, mirando a aquellos animales comer. Su rostro mostraba desinterés, no le importaba la condición de estos. Cuando alguno se le acercaba de inmediato lo agredía para que se alejara. Era tal su disgusto, que le arrebató de las manos el recipiente de comida a *Ariché* y golpeó con éste a uno de los animales, el cual chilló por la sorpresa del impacto.

—No deberías ser tan cruel. Ellos no te han hecho nada.

—¡Son animales!— dijo molesto. —No es como que entiendan de razones, sólo sirven para comer. Para eso los tenemos.

—Sí puede ser, o tal vez eso es algo que sólo crees tú.

*Ariché* se dirigió a una roca que estaba cerca y tomó asiento. Con su mano invitó a *Suré* a sentarse junto a ella, el chico rechazó la invitación. La anciana tomó esto de forma graciosa, y no pudo contener una larga carcajada. Una vez terminó de reír dijo:

—Mi mamá me dijo que una vez fueron personas.

—¿Qué?

—Es una historia, es vieja. La contaban los primeros pobladores de nuestra comunidad. Decían que eran personas.

—¿Los marranos?— *Suré* se notaba incrédulo.

—Sí.

—Es mentira.

—¿Estuviste ahí?

—No.

—Yo tampoco, por eso no puedo decir si sucedió o no. Pero es una historia que mi mamá me contó, y a ella se la contó la suya.

Ante la seguridad que *Ariché* mostró al decir esto, en *Suré* despertó una gran curiosidad. Recibió de nuevo la invitación a sentarse y esta vez aceptó. No dijo palabra alguna pero su cuerpo estaba dispuesto a escuchar. Gracias a sus años *Ariché* entendió esto, y casi de inmediato apareció otra sonrisa en ella.

—Antes eran *gachupines*, gente rica pues. Tenían a una mujer, una tarahumara como yo. Ella les ayudaba en la casa, pero ellos no la trataban bien.

—¿Por qué?

—Pues no hablaba bien español, y eso hacía que se aprovecharan de ella.

—¿Por no hablar como ellos? Como si eso les permitiera tener mayor autoridad.

—Pues ellos creen que sí. Pero por eso estamos aquí, donde podemos ser nosotros.

*Ariché* dirigió su mirada al corral, se dio cuenta que uno de los animales había sacado su trompa fuera del corral. Hizo un sonido para tratar de que éste regresara adentro.

—Es que no quiero que oigan— dijo burlona.

—Y la mujer tuvo que soportar eso mucho tiempo.—dijo continuando con su relato.

—¿Y dónde aparecen los marranos?

—Están desde el principio ¿es que no me estás escuchando? Un



día cuando todos estaban comiendo llegó un anciano. Tenía la ropa vieja, sucia y llena de agujeros. Los *gachupines* esos, se burlaron de él y se encerraron porque pensaban que les iba a pedir comida.

—Seguro que no le dieron.

—Mi mamá me dijo, que el anciano le dijo a la mujer que tomara algo de la comida que había quedado en la mesa. Y ella le hizo caso.

—¿Y los otros no salieron a reclamar?

—Resulta que el anciano era un dios y sabía todo lo que le habían hecho a aquella mujer. Por eso los convirtió en marranos y pidió que se les construyera un corral para que no se escaparan.

*Suré* había quedado sorprendido por la historia. *Ariché* se levantó y caminó hacia el corral. Miró a cada uno de los animales que habitaban e incluso acarició a uno que se encontraba cerca de ella.

—Yo digo que fue una lección, ninguno de nosotros estamos por encima de otro— miró a *Suré* quien aún permanecía estático.

— ¿Tú qué piensas?

Él sólo fue capaz de mirarla a los ojos sin poder decir nada. Ella le sonrió de manera tan honesta, que se olvidó de lo verdadera o falsa que fuera la historia.

—¿Sabes la razón de que existan relatos así?

—No.

—Creo que es porque son formas de ayudarnos... a ti o a mí. Sirven, quizá, para explicarnos cosas que no podemos ver a simple vista.

—Sí, puede ser.

Ella llevó hasta los pies de *Suré* aquel recipiente que había arrojado momentos antes. De alguna forma éste se encontraba lleno de comida, lo que provocó que mirara sorprendido a *Ariché*. Ella no se molestó en explicar aquella situación, se limitó a sonreírle como lo había hecho tantas veces.

—¿Cuándo lo llenaste?

—No te preocupes por esos detalles.

—Pero no te vi... estas segura de que... pero...

*Ariché* comenzó a caminar lejos de aquel lugar. *Suré* permaneció mirando para ver en qué casa entraba, pero ella no se detuvo. Siguió caminando hasta perderse de la vista de él.

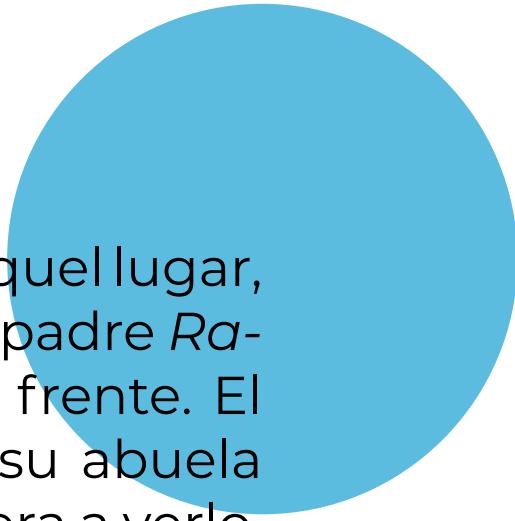
Tomó el recipiente y se dirigió de nuevo al corral, esta vez miró a cada uno de los animales, y al igual que *Ariché* acarició a algunos de ellos. Ya había algo diferente en él, el desprecio que había mostrado se convirtió en interés, *Suré* entendió lo que ella le había querido decir con aquella historia. Dio una última mirada a aquella lejanía en la que ella desapareció, y en su rostro se dibujó una sonrisa.



# *Regreso*

---





**P**asó mucho tiempo desde que *Suré* visitó aquel lugar, si bien ya había aceptado la muerte de su padre *Rahui* aún le era difícil enfrentarlo frente a frente. El hecho de que estuviera ahí se debía gracias a su abuela *Bimorí*, quien, antes de fallecer, le pidió a *Suré* fuera a verlo, pues entendía lo doloroso que todavía era para él.

—No lo dejes así. Va a pensar que ya no lo recuerdas— le dijo.

—Pero ya no está ahí. ¿Te acuerdas que vino a verme? Fue cuando vi al coyote.

—Sí *Suré*, pero el lugar de descanso está allí. Esos lugares son para que uno pueda recordar a los que ya no están.

*Bimorí* era de otra época, una en la que las historias de su pueblo solían ser más abundantes, por eso creía que la muerte de su hijo no había sido cosa natural. Las creencias que ella aprendió de sus antecesoras le hacían comprender el mundo diferente a *Suré*; leyendas de seres que habitan aquellos altos terrenos y que son más antiguos que los tarahumaras, recorrían cada parte de su ser. Se había encargado trasmitírselas a su nieto, las consideraba importantes para la formación de su identidad, por eso sus últimos años los aprovechó en *Suré*, entendía que la única forma de preservarlas era aprovechar la juventud que él tenía.

—¿A mi papá le contaste todo esto?

—Sí, le encantaba escuchar cada una de las leyendas.

Aunque a veces no creía en lo que le contaba.

— ¿Y también se las contabas bajo aquel árbol de damasco?

—Sí, ahí se las empecé a contar. Nada más que al principio no me ponía mucha atención. Andaba corriendo de un lado a otro— *Bimorí* lo miró de pies a cabeza. —Te pareces mucho a él, también le gustaba andar caminando allá por la sierra.

Los recuerdos de esas conversaciones eran fáciles de escuchar en la soledad de aquel lugar. *Suré* había aprendido lo sagrado de ese sitio y la diferencia que esa tierra tenía en comparación con lo demás. Incluso el viento, que domina los altos terrenos, mostraba respeto por aquel sitio, era apenas una leve brisa lo que se alcanzaba a sentir. Cuando prestó la suficiente atención se dio cuenta de lo particular de aquel lugar, al sentir la paz que había despertaron las viejas palabras que su abuela le había dicho alguna vez: “*Somos parte de la naturaleza*”. Fue ahí donde lo comprobó.

—No le vayas a decir a tu mamá, pero yo creo que fueron los *dipibíli*— le dijo *Bimorí* en voz baja.

—¿Quiénes?

—Bueno los que viven en ellos.

—¿Y qué cosa son?

—Son seres malos, asquerosos... Son gordos y hay quien dice que se parecen a los marranos.

*Suré* había escuchado tantas historias de su abuela, que al conocer ésta no se notó sorprendido sino que su rostro se llenó de confusión. Existía la posibilidad de que *Rahui*, su padre, pudi-

era haber muerto a causa de seres sobrenaturales. El silencio iba extendiéndose y él seguía pensando en lo que su abuela le había dicho.

—¿No me crees verdad?— interrumpió ella. —Pero no es buen augurio que alguien muriera tan joven. Son como los arcoíris, tampoco son buenos.

—No sé abuela. ¿Estás segura de lo que dices?— el tono que *Suré* le dio a aquella pregunta la había molestado.

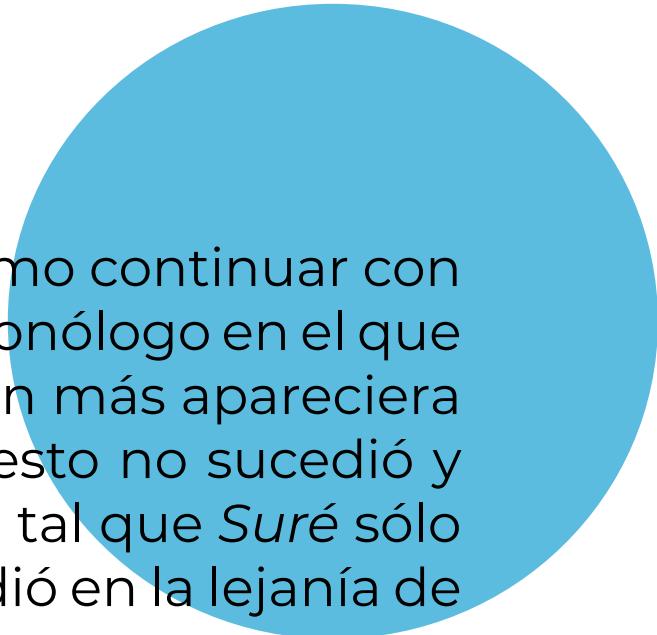
—¡Crees que por estar vieja ya no sé lo que digo! Que no se te olvide que ya tengo mis años, y sé diferenciar una cosa de la otra.

—No digo eso. Pero es que es diferente a lo demás, estás involucrando a mi papá, a tu hijo.

—Ya lo sé, pero estoy segura de lo que te digo.

Al recordar las conversaciones con su abuela *Suré* solía sonreír, pues le encantaba verla tan segura de lo que contaba. Imaginaba que cada arruga en el rostro de *Bimorí* era una historia conocida, vivida o escuchada. En una ocasión llegó a ver a su abuela más joven, sentía que aquellas arrugas se impregnaban en él al escuchar una historia nueva, como si al terminarlas, fuera su turno de contarlas a alguien más, pero claro que sólo fue su imaginación.

—Mi abuela me pidió que viniera— dijo por fin después de tanto silencio. —Quería que hablara contigo. No sé de qué... ¿tú sí?— se quedó callado como si en verdad esperara una respuesta. —Ella creía que te habían matado seres que vivían en los *dipibíli* y... no sé qué pensar de eso.



La situación era extraña para *Suré*, no sabía cómo continuar con aquella conversación o mejor dicho con aquel monólogo en el que se encontraba. Dentro de él deseaba que alguien más apareciera e interrumpiera la soledad del momento pero esto no sucedió y otra vez todo quedó en silencio. La situación era tal que *Suré* sólo pudo lanzar una leve risa nerviosa, la cual se perdió en la lejanía de aquel terreno.

—¿Y qué hacen?— preguntó curioso a su abuela.

—Levantán remolinos de polvo y cenizas, y pues el hombre que queda atrapado termina todo arañado y su ropa rota.

—¿Y eso le pasó a mi papá?

—Pues yo digo que sí. Porque cuando regresó estaba temblando, la mayoría dijo que era de frío pero no, yo conozco a mi hijo— miró para ver si no estaba la mamá de *Suré* cerca. —Además, cuando te encuentras a una de esas cosas, dicen que te mata lento.

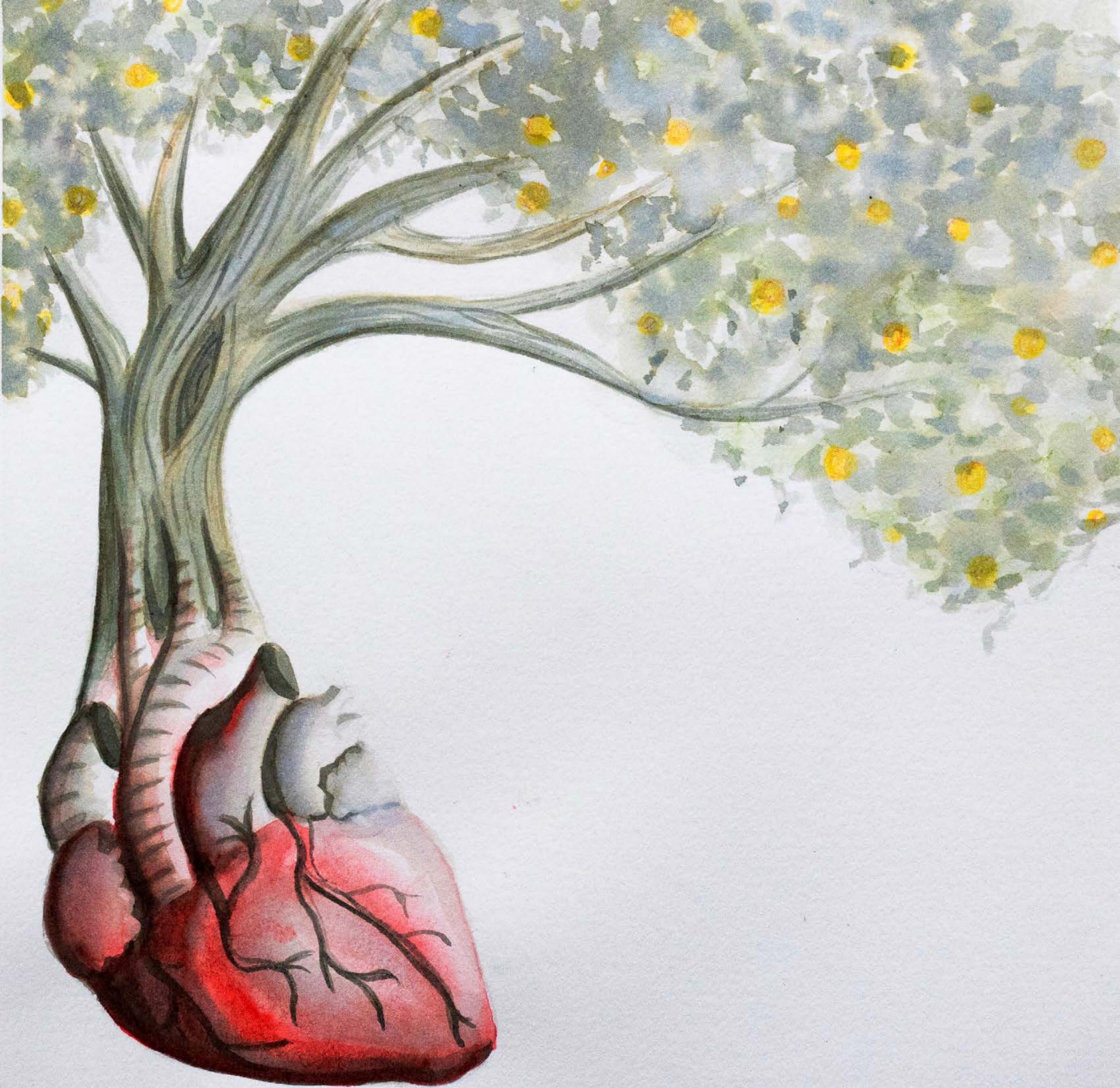
—¡Ay abuela! Eso parece invento.

—Si no me crees es tu decisión. Yo sé lo que te digo.

*Suré* llegó a pensar que su abuela ya estaba vieja, que la edad hacía que no fuera consciente de todo lo que le contaba y que, por eso, a veces mezclara sus historias con lo que en realidad había sucedido. Le tenía mucho cariño, por eso sentía que debía creerle a pesar de lo absurda que pudiera ser la historia.

—Papá ¿tú le hubieras creído? Si yo estuviera muerto y ella te hubiera contado lo mismo ¿le creerías?

Se recostó un rato mirando al cielo. Era de esos que gracias a la



altura del poblado hacían que pudieras casi tocarlo.

—No creo que lo inventara pero... no sé papá, pero quería que viniera a decírtelo. Creo que era importante para ella.

El silencio del lugar hizo que después de un rato *Suré* se durmiera. Un ruido le hizo abrir los ojos, y con la vista borrosa que se tiene al despertar alcanzó a distinguir la silueta de una persona. Cuando el ser estuvo más cerca y el joven más despierto, se dio cuenta de que se trataba de su padre.

—¿Sigues durmiéndote en todos lados?

—¿Papá?

—Quien más— lo miró detenidamente. —Estás más grande hijo, casi ni te reconozco.

—Ante su asombro *Suré* no pudo decir nada. Verlo de nuevo le recordó el momento en que lo perdió.

—Hace mucho que no te veía por aquí. Pensé que ya te habías olvidado de mí— *Rahui* le sonrió a su hijo. —¿Te sientes bien?

—Hola papá— también le sonrió. —No, no me olvidaría de ti. Fui a verte ¿te acuerdas? Pero... pero eras diferente.

—Sí, un animal. Entonces ¿por qué no venías a verme?

*Suré* permaneció callado, la pregunta de su papá lo había hecho sentir incómodo. Su rostro sólo mostraba tristeza.

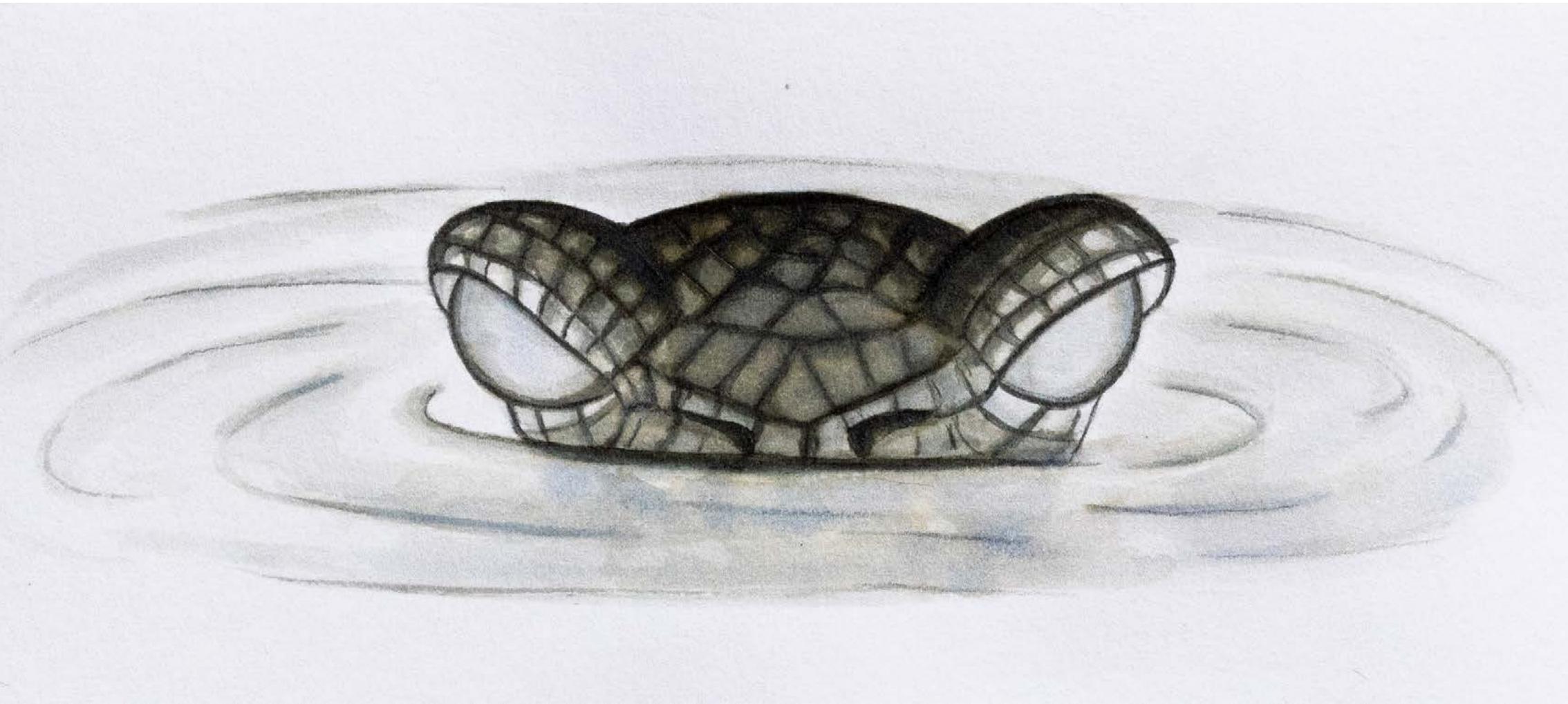
—Son historias del pueblo, uno decide si creerlas o no. ¿Tú qué crees?

*Suré* pensó en lo que su papá le había dicho y junto con esto recordó las palabras de su abuela.

—Que la abuela quería que viniera a hablar contigo.

*Rahui* le sonrió, y justo después de esto *Suré* despertó de aquel sueño. Miró al cielo y notó que el atardecer había comenzado, sabía que era hora de irse. La última historia que *Bimorí*, su abuela, le contó había tenido un único objetivo, hacerlo reencontrarse con su padre o con su recuerdo. *Suré* sonrió hacia la tumba de su papá, y así como el atardecer avanzaba él también lo hizo, se retiró de aquel sitio sabiendo que, a partir de ese momento, ya iba a regresar.

# *Iwigála*





A veces me despierto de golpe. Veo que voy caminando por otros lugares, unos los conozco y otros no— decía *Suré*. —Hoy que salí en la mañana pasé por un lugar que había visto.

—¡Qué raro!— le dijo su amigo. — ¿No será que diste una vuelta mal y entonces caminaste en círculo?

—¡No! Te digo que estaba dormido... pero parecía como si estuviera despierto.

—Pues a lo mejor fue sólo un sueño, tampoco tienes que preocuparte tanto de eso.

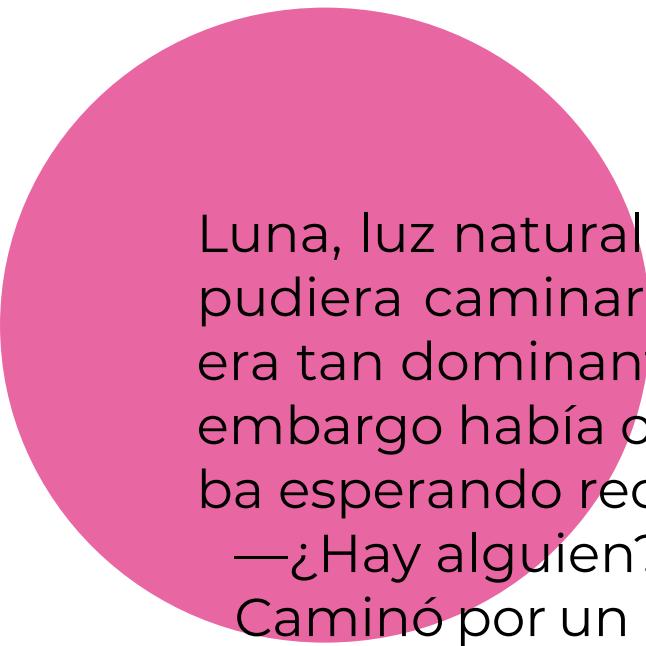
—Pues sí, a lo mejor tomo mucho *tezgüino*<sup>5</sup>.

Así eran el tipo de conversaciones que *Suré* había tenido los últimos días, después de todo lo que le había sucedido seguía sorprendiéndose ante las situaciones que vivía. Aun conociendo las historias de su pueblo, gracias a su abuela *Bimorí* y a su padre *Rahui*, trataba de ser discreto respecto a la situación, pues temía que, al ser leyendas que se cuentan de boca en boca, pudieran verlo de forma extraña. Con el paso de los años había aprendido a no tratar de dar respuesta a algo que quizá no la tenía, como su abuela, él trataba de ver esto como una característica de su identidad tarahumara, aunque le fuera difícil. Sin dar más vueltas sobre aquel sueño, decidió no pensarlo más y junto con su compañero se marchó a trabajar.

Aquella noche *Suré* estaba caminando por una zona en donde había pinos y abetos, árboles comunes del lugar. La

---

<sup>5</sup> Bebida fermentada a base de maíz. Es la cerveza del indígena chihuahuense.



Luna, luz natural de la noche, iluminaba lo suficiente para que él pudiera caminar por el complicado terreno. El silencio del lugar era tan dominante que la idea de romperlo provocaba miedo, sin embargo había ocasiones en que *Suré* se armaba de valor y gritaba esperando recibir alguna respuesta.

—¿Hay alguien?— preguntaba.—Otra vez lo mismo.

Caminó por un largo rato, lo suficiente para entender que estaba perdido. Entre aquella soledad, *Suré* escuchó otro sonido que le era familiar, se trataba de un río que corría cerca del lugar donde él estaba. Atraído por el río y sin saber la razón, buscó la manera de llegar. Una vez ahí sintió que algo no estaba bien, el ambiente de seguridad que buscaba se convirtió en uno lleno de miedo. Su cuerpo empezó a sentir aquella incomodidad, pues algo en el agua había llamado su atención, antes de poder distinguir qué era despertó de sobresalto al escuchar que alguien tocaba a su puerta.

—Buenos días— le dijo su amigo del otro lado de la puerta.

—¿Qué quieres?

—Vengo a ver cómo estás. ¿Te pasó lo mismo?— *Suré* abrió la puerta para encontrarse frente a él.

—Sí, pero ahora fue diferente, llegué a un río y había algo.

—¿Qué cosa?

—No sé, viniste a despertarme antes de saber qué era.

En aquel momento se acercó *Ariché*, una mujer que desde hace tiempo no veía *Suré*. Ella le sonrió, y fue ese gesto el que lo hizo sentir seguro.

—Yo sé lo que te pasó— le dijo *Ariché* en voz baja.

—¿Qué?

—Que yo sé lo que te pasó.

—¿Cómo?

—Te escuché ayer, cuando le contabas a él lo que te estaba pasando al dormir.

El amigo de *Suré* miró de forma extraña a la mujer, pues no recordaba haberla visto antes. A pesar de la familiaridad con que *Suré* la trataba había algo en *Ariché* que no le gustaba.

—Fue tu *Iwigála*<sup>6</sup> que salió a caminar mientras tú dormías— dijo *Ariché* en voz baja.

—Son puros cuentos— el amigo se burló ante aquel comentario. —Puras historias que se contaban antes, en tiempos viejos.

—Yo sé lo que te digo, pero tú decides si me crees— *Ariché* se retiró del lugar.

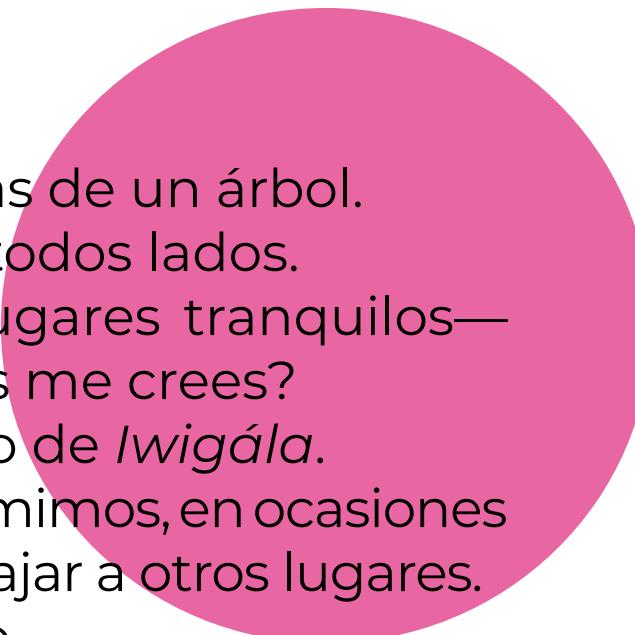
—¿Crees que pueda ser eso?— le preguntó *Suré* a su amigo en voz baja.

—No creo, alguna vez escuché de eso... pero te digo que son puros cuentos.

Ambos se dirigieron a trabajar, pero *Suré* no podía sacar la idea que *Ariché* le había dicho, después de todo ya tenía experiencias con este tipo de cosas. Fue hasta que estuvo solo que decidió buscar a aquella mujer, sin embargo no pudo encontrarla. Preguntó a algunas personas pero nadie la había visto y en ocasiones actuaban como si no existiera. *Suré* se alejó de la comunidad y en las lejanías gritó el nombre de *Ariché* esperando respuesta.

---

<sup>6</sup>Alma.



—¿Por qué gritas?— dijo ella saliendo de atrás de un árbol.  
—¿Dónde estabas? Te estuve buscando por todos lados.  
—Andaba caminando, me gusta estar en lugares tranquilos—  
guardó silencio por un momento. —¿Entonces me crees?  
—No sé, la verdad quiero que me expliques lo de *Iwigála*.  
—Es una vieja creencia, se dice que cuando dormimos, en ocasiones  
nuestra *Iwigála* se separa del cuerpo y puede viajar a otros lugares.  
—¿No es malo?— preguntó *Suré* preocupado.  
—No, pero tienes que tener cuidado— ella miró por encima del  
hombro de *Suré* para asegurarse de que no hubiera nadie.  
—Cuando el *Iwigála* sale puede encontrarse con seres acuáticos  
que viven en los hoyos de los ríos.  
—¿Cómo son?  
—Dicen que son como serpientes de cascabel del tamaño de pi-  
nos. Son peligrosos porque toman tu *Iwigála* y se quedan con ella.  
—¿Entonces es parte de mí?  
—Sí, es por eso que recuerdas esos lugares.  
*Suré* permaneció en silencio, pensaba en lo que acaba de  
escuchar. Se sentía algo molesto pues ya había experimentado  
situaciones así cuando estaba despierto, y el hecho de vivir lo  
mismo dormido lo enojaban. Tenía miedo, miedo de que esos seres  
de agua lo atraparan y se quedaran con él, que fuera olvidado por  
los demás. *Ariché*, al ver esta preocupación trató de calmarlo.  
—No te angusties, tu *Iwigála* camina hacia donde tú quieras. Es  
otra parte de ti.



—¿Y si me pasa algo? ¿Por qué me sucede esto a mí?

—Nos pasa a algunos de nosotros, piensa que es una forma de reconocernos.

—No entiendo.

—Como tarahumaras, es una parte de nuestra identidad.

En aquellas palabras *Suré* recordó a su abuela *Bimorí*, ella también creía en que esos actos sobrenaturales eran parte de la identidad de su comunidad, y de la de cada individuo. *Ariché* le sonrió, y sin tener nada más que decir decidió retirarse de aquel lugar. *Suré*, después de un largo silencio dijo:

—Es parte de nosotros, y somos parte de la naturaleza en sus diferentes niveles— al terminar de hablar, se dirigió de regreso a casa, a su comunidad.



# *Cierva*





**E**l silencio, aquel que había hecho presencia en ese lugar, se vio interrumpido por una serie de pisadas que estaban llegando hasta allí, era uno de esos lugares en donde el más leve sonido producía eco. En aquellos altos terrenos, de esos que sólo se encuentran en el norte caminaba *Suré*, quien ya era un hombre, había salido de su casa a buscar algo de comer. El recorrido, difícil para cualquier persona extranjera a aquellos lugares, lo había llevado a una zona más lejana de lo habitual, sin embargo, la concentración que tenía no le había permitido darse cuenta de esto.

*Suré* tenía una gran agilidad para moverse, años de práctica junto con una larga herencia otorgada por sus antepasados le permitían adaptarse a aquel terreno, se movía de manera tan natural que parecía conocer cómo es que funcionaba aquel sitio. La zona en la que se encontraba lucía cubierta por altos pinos, árboles comunes en aquella región, los cuales limitaban su vista para encontrar aquello que necesitaba; cervatillos.

—¿Dónde están?— se preguntó a sí mismo. —Ya desde hace rato que debí encontrar alguno.

Miraba a su alrededor, daba dos vueltas a la zona que lo rodeaba para asegurarse de que no había nada. Así pasó un largo rato, caminando y deteniéndose, hasta que otro sonido, uno que no venía de él había hecho presencia. Una vez se detuvo, el silencio volvió a gobernar aquel lugar.

—Seguro me escuchó— dijo en voz baja. —O a lo mejor era otro animal, un zorro o yo que sé.

Fue tan breve el sonido que lo hizo pensar que aquel animal ya se había ido. Ante aquella situación decidió tomar un descanso y se sentó a la sombra de uno de los pinos. Empezaba a cerrar los ojos cuando escuchó, más cerca que antes, aquel misterioso ruido. Tomó una pequeña piedra y la arrojó al lugar donde él creía estaba el animal.

—Ya te encontré— dijo mientras veía que algo salía de entre los árboles.

Entre más se acercaba más se podía distinguir su figura, *Suré* quedó sorprendido al darse cuenta de que se trataba de una mujer. Ella decidió quedarse junto a uno de los pinos sin dejar de mirar a *Suré*.

—¿Qué haces por acá?— le preguntó él. —¿Me oíste? Te pregunté que qué haces tú por acá.

Ella lo veía de pies a cabeza, no había desconfianza en su mirada sino curiosidad.

—Me llamo *Suré*. ¿Y tú?

—Yo ando haciendo nada. Sólo estoy caminando— le respondió.

—¿Y cómo te llamas?— le preguntó nuevamente mientras comenzaba a acercarse a ella.

—¿Y tú que haces por acá?

—Ando de caza.

—¿Y qué estás buscando?— la mujer retrocedió un poco.

—Cervatillos.

La mirada de la mujer cambió después de escuchar aquello. Se notaba molesta ante la respuesta que *Suré* le había dado. Al darse cuenta de esto, él se detuvo.

—Entonces eres de esos.

—¿De cuáles?— le dijo confundido. —No te entiendo.

—De los que vienen a buscar animales para matarlos. Seguro también los quieres para comértelos.

—Pues es que para eso son, pero no sólo los cervatillos. Los animales que viven aquí son para alimentarnos.

—¡No es cierto!— la mujer se acercó a él. —Los animales de aquí no son para comer. Están aquí porque es su hogar.

—¿Y entonces tú qué comes?— le dijo algo burlón. —No creo que no hayas comido algún animal.

—Pues no, yo no me los como.

—Pero si son para eso.

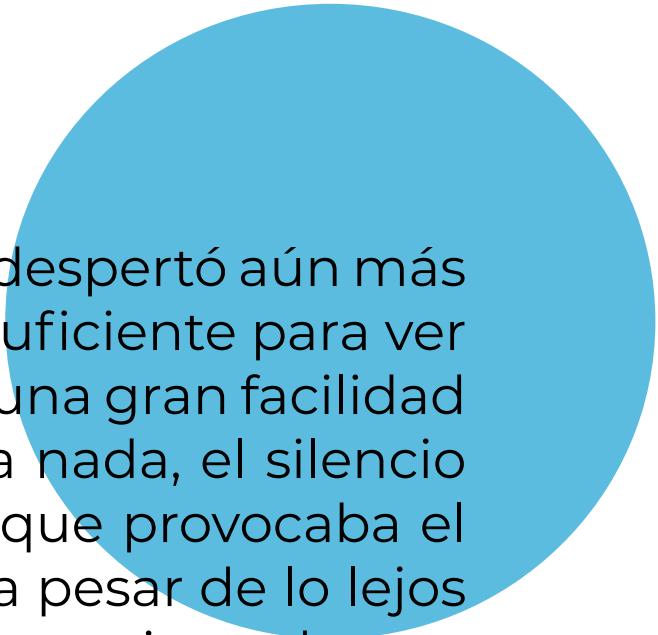
—¡Qué no! Fueron ustedes los que decidieron que eran para eso. Ustedes llegaron aquí.

—Pero si tú también llegaste— le dijo algo confundido ante la situación. —Si no cómo es que estás aquí.

—Pues que yo no llegué, yo ya estaba.

Sin decir más se alejó de *Suré* adentrándose cada vez más entre los altos pinos. Él, ante aquella situación comenzó a seguirla. No sabía la razón, pero algo en aquella mujer hacía que se sintiera atraído. La situación le hizo recordar las historias que su abuela *Bi-*





*morí* solía contarle de pequeño y fue esto lo que despertó aún más su curiosidad. Durante el camino ella giraba lo suficiente para ver que la estaba siguiendo. Al igual que *Suré*, tenía una gran facilidad para moverse por aquel terreno. Ninguno decía nada, el silencio sólo era interrumpido por el roce de las ramas que provocaba el viento. *Suré* no dejaba de mirar a su alrededor, a pesar de lo lejos que se encontrara le era posible reconocer la zona, sin embargo, ahora era distinto, la atención que le había puesto a ella lo había hecho olvidarse de los pasos que había dado, aun así continuaba siguiéndola.

—¿No crees que ya estamos muy lejos?

—Tú eres el que me siguió. Yo conozco este lugar.

—Pero ¿qué puede haber por aquí?— le preguntó al ver lo solitario del sitio.

—¿Vives por aquí?

—Algo así— le dijo justo al mismo tiempo que se detuvo. —Pero quiero enseñarte algo.

Ella le indicó que se acercara, *Suré* dudó en hacerlo pues la mujer se encontraba cerca de una barranca, terminó por aceptar y se colocó junto a ella.

—¿Qué quieres que vea?

—Allá abajo— le indicó con la mirada el punto exacto.

*Suré* se dio cuenta de que junto a un pequeño nacimiento de agua se encontraba una pequeña niña. La imagen era tan bella que hizo que el ambiente se tornara tranquilo, era como si ella hu-

biera nacido como parte de aquel sitio. La mujer también sonreía al verla, y pasó un largo rato hasta que *Suré* pudo decir algo.

—¿Es tuya?— le dijo en voz baja. — ¿Esa niña es tuya?

—Sí.

—¿Y qué hace ahí?

—Está tranquila. Sin miedo, le gustan este tipo de lugares.

—Puedo entender eso.

Aquella niña dirigió su mirada al lugar donde se encontraba *Suré*, y ésta había cambiado, se notaba asustada. Sin despegar su mirada de la de él comenzó a alejarse lentamente. Era como si supiera que no debía hacer algún movimiento rápido en una situación como esa. Él trato de hacerle señas con las manos para evitar que se asustara pero no funcionó, la niña terminó por desaparecer entre los árboles.

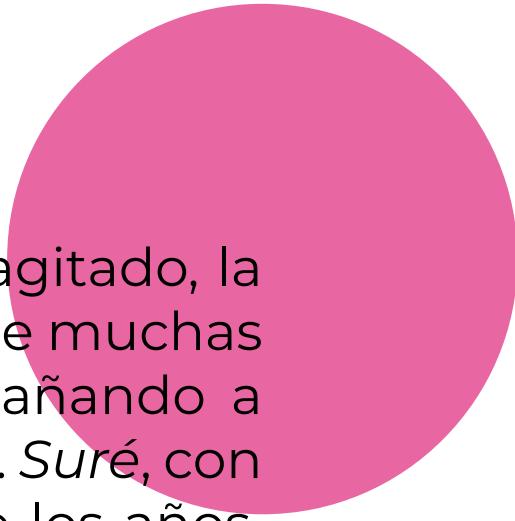
*Suré* giró para ver a la mujer, pero ella ya no estaba. Como único rastro sólo había unas huellas, una serie de pisadas que comenzaban siendo humanas para después comenzar a volverse de animal. Él las reconoció al instante, sabía que eran de ciervo. Aquella extraña situación fue interrumpida por un ruido, éste provenía del mismo lugar donde había estado la niña, *Suré* dirigió su mirada allí y pudo verlas, una cierva junto a su cervatilla. Estaba confundido, pues algo le era familiar, tenía la misma sensación que había tenido al ver a aquella mujer y fue entonces cuando lo entendió, se dio cuenta de que estaba viendo a la mujer y a su hija. Ante aquella imagen, olvidó el deseo de cazar y decidió regresar a casa, sabiendo que jamás olvidaría aquel día.



*Espera*

---





**D**esde temprano el pueblo había estado agitado, la gente iba de un lugar a otro y el sonido de muchas voces inundaba ese territorio, y acompañando a todo esto el ambiente se había llenado de miedo. *Suré*, con la madurez que había adquirido con el paso de los años, se encontraba discutiendo con otros habitantes de aquel lugar.

—¡Tenemos que ir a buscarlo!— dijo uno de ellos.

—¡No! Es peligroso, que tal si nos pasa algo.

—¡Por eso tenemos que ir en grupo!

—*Lorenzo* ¿estás seguro de lo que viste?— le preguntó *Suré*. — ¿No pudo ser otra cosa?

—No, les digo que fue uno— le dijo a aquel grupo. —Hasta me llegó el olor.

—¿No se supone que uno no puede darse cuenta?— preguntó otro.

—Les digo que se me acercó mucho, por eso le intenté dar con mi cuchillo— aclaró *Lorenzo*.

La agitación se debía a que *Lorenzo* había tenido un supuesto encuentro con un arcoíris, una presencia formada por seres que habitan bajo la tierra y que según las creencias tarahumaras, son malignos pues se alimentan de la sangre de personas. No era la primera vez que *Suré* escuchaba de esto, pues su abuela *Bimorí* le había hablado de ellos, incluso llegó a decirle que *Rahui* también había estado cerca de uno.

—No *Suré*, tienes que tener mucho cuidado cuando andes por allí— solía decirle ella. —Hay historias de gente que se encontró con los arcoíris y son peligrosos.

—¿Y qué son?— le preguntaba.

—Pues quien sabe, yo solo sé que viven bajo la tierra.

Su abuela le había hablado de tantas cosas que algunas ya no las recordaba: gigantes del tamaño de pinos, *dipibíli* y lo que habita en estos. Durante aquella discusión, él trataba de recordar más cosas que su abuela le hubiera dicho sobre estos. Entre esos pensamientos llegó a escuchar que alguien preguntó:

—¿Y cómo era?

—Como un hombre. Así como ustedes y como yo— respondió *Lorenzo*.

—¿Y no era una persona?

—¡Qué no!— respondió molesto. —Si no me creen ¿para qué vinieron?— *Lorenzo* se fue molesto de ahí.

El grupo se quedó discutiendo aquella situación, les era difícil saber si se trataba de un ser maligno o de una simple persona que se encontraba caminando por el lugar. Después de mucho hablar, el escepticismo se contagió como una enfermedad y, al final, terminaron por creer que se había tratado de una persona. La historia que *Lorenzo* había contado fue alejada de aquel lugar por el viento, y después de un momento de crisis el pueblo regresó a la normalidad.

Algo que caracterizaba a aquel pueblo, era que los tarahumaras

le daban mucha importancia al trabajo y a pesar de que tenían creencias acerca del mundo sobrenatural, lo que más valoraban ellos era su vínculo con la naturaleza y la responsabilidad que tenían con ésta. De ahí que las historias de seres sobrenaturales no ocuparan gran parte de su tiempo, eran los mayores quienes generalmente conocían mejor aquel plano.

*Lorenzo* era joven, mucho más que *Suré*, era la razón por la que los demás dudaban de su palabra, ya que aquellos lugares eran el hogar de muchas cosas, otros pueblos incluso.

Tiempo después todo se calmó, incluso *Lorenzo* se olvidó de la experiencia que tiempo atrás había vivido. En uno de esos días se detuvo junto a *Suré*, pues ambos iban a traer madera y otras cosas que necesitaban. Sin embargo *Lorenzo* se dio cuenta de que su compañero no estaba listo.

—¿No dijiste que nos íbamos temprano?

—Sí, pero ¿no ves como está el día?— dijo *Suré* señalando al horizonte de aquel sitio.

—¿Qué tiene? Esta igual que los demás.

—No, fíjate bien.

—No veo nada. Si no quieres ir mejor dime.

—No es eso, es que hay mucha neblina.

—¿Y eso qué?— le dijo un tanto burlón. — ¿Ya estás viejo y te da frío?

—No es bueno salir con este clima—dijo *Suré* con seriedad. —

Puede haber *Rolí*<sup>7</sup>.

La palabra era nueva para *Lorenzo*, su juventud le limitaba a las historias que conocía de su pueblo, algo similar a lo que había vivido *Suré*. Dada la situación que hace tiempo había experimentado, *Lorenzo* pensó que se estaba burlando de él.

—Ya pasó mucho, ¿por qué ya no te olvidas de eso? — le dijo algo molesto. —Ya entendí que no todo lo que veo es algo extraño.

—No es por eso. Es sólo que no es bueno salir con este clima.

—Por los *Rolí* ¿verdad? Pero cuando yo dije lo que había visto, todos pensaron que lo estaba inventando.

—Yo no hice eso— *Suré* trató de calmarlo. —Es que... es una creencia mía. Además puede ser peligroso, nos podemos caer o nos puede suceder algo.

—Sí, debe ser eso— lo expresó de forma sarcástica. —Entonces me voy solo.

—*Lorenzo* no...

—Tú quédate, yo se andar allá— le dijo mientras se encaminaba a los terrenos más altos.

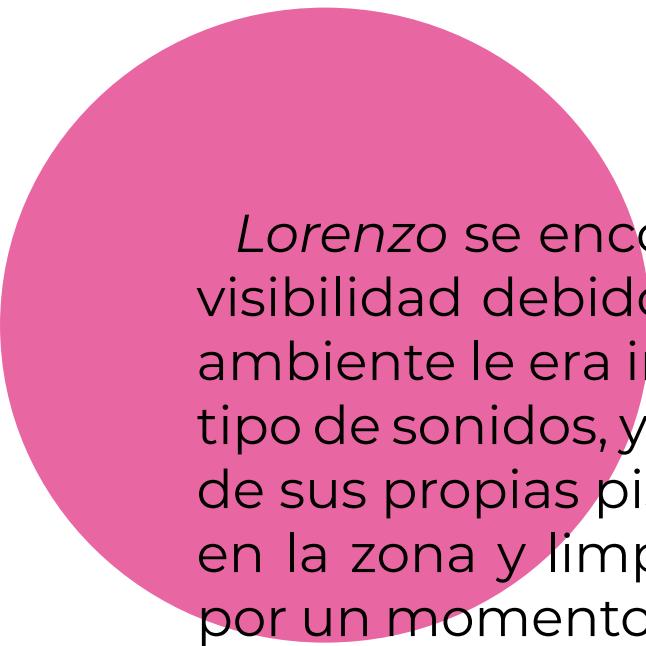
*Suré* le gritaba para tratar de que no se fuera, pero la molestia que tenía *Lorenzo* era mucha, por lo que lo ignoró y siguió su camino. *Suré* quería ir por él, pero recordaba las historias que su abuela le contaba, y su cuerpo se congelaba. Los *Rolí*, a pesar de todo lo que había vivido, eran su mayor miedo.

—¡Ay papá, no dejes que le pase nada!— dijo recordando el encuentro que tuvo con él hace tiempo.

---

<sup>7</sup> Gente de baja estatura que máximo alcanza los treinta centímetros.





*Lorenzo* se encontraba ya en aquellos altos terrenos, tenía poca visibilidad debido a la abundante neblina que invadía la zona. El ambiente le era incómodo, pues el silencio hacía perceptible todo tipo de sonidos, y eso provocaba que se asustara hasta con el ruido de sus propias pisadas. Como casi todos los días el viento soplaba en la zona y limpiaba la neblina permitiendo que *Lorenzo* viera, por un momento, lo que lo rodeaba, entre estos pequeños espacios, él había percibido una pequeña silueta.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?— esperó para ver si recibía una La borrosa vista hacía que no pudiera estar seguro de nada, pensó que lo que había visto era debido a su agitación. Recordó la situación del arcoíris, y lo que los otros le habían dicho, con eso trató de calmarse. Continuó trabajando, tratando de olvidar lo que creía haber visto, y después de un rato pudo calmarse. Ya estaba a punto de terminar, cuando el silencio fue roto:

—¡Epa! ¡Epa! ¡Sabámara!<sup>8</sup>— se escucharon unas voces.

Esas voces hicieron que el cuerpo de *Lorenzo* se engarrotara, tenía ganas de correr pero éste no le respondía. Lanzaba algunos gemidos resultado del esfuerzo que hacía, pero ni con eso podía moverse. El miedo que sentía aumentó al ver que unas pequeñas sombras se dibujaban entre la cortina de neblina, y que éstas se iban acercando. Fue ahí cuando recordó a los *Rolí*.

Ya era de noche, *Suré* seguía esperando la llegada de *Lorenzo*, pues él se había ido desde tempranas horas. Algo lo tenía intran-

---

<sup>8</sup> ¡Alcáncelo! ¡Alcáncelo!

quilo, a pesar de que nunca había visto un *Rolí*, conocía las historias sobre ellos.

—Dicen que cuando los escuchas, tu cuerpo se engarrota— le decía su abuela. —Y cuando te llevan no te vuelven a ver.

Trataba de calmarse, se sentía responsable de la seguridad de *Lorenzo* pues no había hecho más para detenerlo. Unas horas después de que se había ido, pensó en seguirlo, pero la presencia de la neblina le había paralizado el cuerpo. Sentía que apenas pusiera un pie fuera, iba a encontrarse con uno de esos *Rolí*.

—A lo mejor se quedó a dormir por allá arriba— le dijo alguien que pasaba. —No te preocupes tanto.

—Sí, seguro es eso— *Suré* mostró una sonrisa forzada.

Aun sabiendo que caminar de noche por esos lugares era complicado y que lo mejor era buscar refugio, pasó un largo rato esperando ver la figura de *Lorenzo* acercarse, pero eso no sucedió. *Suré*, vencido por el sueño decidió irse a dormir y esperar hasta mañana.

Ya había amanecido y *Suré* ya se encontraba hablando con la gente para preguntar por *Lorenzo*.

—¿Estas segura de que no lo viste llegar?— le preguntó a una de las mujeres que vivían allí.

—No, no lo vi.

—Es que ayer se fue solo y no ha regresado.

—Pues unos salieron a traer un animal, a lo mejor lo encuentran por ahí.

Cuando *Suré* veía a *Lorenzo*, sentía que se estaba viendo a sí mismo de joven pues él había experimentado situaciones similares. Mientras él esperaba, el pueblo trabajaba con normalidad, lo que hizo que se molestara y les reclamara a algunos de ellos. Después de un rato aquel grupo que había salido en búsqueda de un animal regresó, pero *Lorenzo* no estaba con ellos. *Suré* empezó a pensar que los *Rolí* tenían algo que ver, pero para evitar que este pensamiento invadiera toda su cabeza, decidió dejar espacio para la posibilidad de su venida. Retornó a trabajar, pero se mantuvo atento por si *Lorenzo* aparecía.

Pasó mucho tiempo hasta que aceptó la idea de que no iba a regresar, se sintió responsable de aquella situación y esta carga tuvo que mantenerla para a su vez, mantener el recuerdo de *Lorenzo*.



# *Suré*





**P**arecía que el pueblo tenía su propio proceso natural, como el de una semilla que se siembra, nace, crece, da su brote y se seca para soltar una semilla nueva y comenzar otra vez. En aquel lugar se encontraba *Suré*, quien ya mostraba una edad avanzada. El tiempo había pasado y éste se reflejaba en sus manos, su voz, su piel; era reflejo de la experiencia como lo fue su abuela.

Estaba sentado y frente a él había un grupo de niños, las experiencias que vivió junto con las historias contadas por su abuela, hicieron que *Suré* deseara, más que otra cosa, hablar de éstas con los más jóvenes. Había aprendido que la forma más efectiva para que aquellas leyendas sobrevivieran era a través de la oralidad, del encuentro entre voces... entre generaciones.

—Antes de saber de los seres de agua, de los *Rolí* o de los *Gánoko*<sup>9</sup>— les decía. —Tienen que conocer a su pueblo.

—¿Cómo?—preguntó uno de ellos.

—Nosotros como tarahumaras tenemos una responsabilidad: respetar a la naturaleza de la que formamos parte — *Suré* miró a su alrededor contemplando todo el lugar. —Todo lo que nos rodea estuvo antes que nosotros, es muy antiguo y por eso hay que respetarlo.

—¿Y eso cómo se hace?— dijo una voz curiosa.

—Mi papá se llamaba *Rahui*, me contó una historia hace mucho, fue la primera y a él se la contó mi abuela *Bimorí*. Decía que el cielo se sostenía gracias a nosotros los tarahumaras.

---

<sup>9</sup>Gigantes.

—¿Enserio?

—Sí, y lo hacemos gracias a que respetamos la naturaleza y a lo sobrenatural. No abusar de ella, porque a nadie le gusta que abusen de uno.

*Suré* se sentía contento al hablar de esto, al ver los ojos de aquellos niños se reconocía en ellos, se veía a él de niño escuchando las historias de su padre y de su abuela. Cada vez que movía la boca o hacía algún gesto, ambos venían acompañados de arrugas, pruebas de las experiencias que él había tenido. Estaban tan marcadas que hasta él las sentía, pero las portaba con gran orgullo, eso lo había aprendido de *Bimorí*. Era de esos viejos que se tomaban el tiempo para detallar lo que decían, explicaba con claridad lo que él pensara que era necesario y cuando notaba a algún niño distraído aplaudía para llamar su atención.

—Ya sé que algunos piensan que estoy viejo, y sí lo estoy. Pero aún sé lo que les digo— habló con firmeza. —Todo lo que nos rodea nos ha ayudado a sobrevivir.

—Sí, mi mamá me dijo una vez que le diera gracias a *o´gawi*<sup>10</sup>, porque de ahí venía nuestro alimento— dijo una pequeña niña.

—Y es verdad— sonrió *Suré*. —Yo aprendí eso conforme fui creciendo. Lo mismo pasa con los demás elementos— estiró su mano al cielo. —¿Sienten eso? Es *Eka*<sup>11</sup>. Y él limpia los granos del sembradío y es parte de nosotros.

—*Ba´wi*<sup>12</sup> nos ayuda a regar los cultivos. Además de que pode-

---

<sup>10</sup> Tierra.

<sup>11</sup> Aire.

<sup>12</sup> Agua.

mos tomar de ella— dijo otro niño. —Y *na´i*<sup>13</sup> es símbolo de calidez y luz.

Al escuchar que los niños decían esto, *Suré* no pudo evitar sonreír pues empezó a ver que ellos entendían lo que les estaba contando. Cada vez que hablaba recordaba a *Bimorí*, a *Rahui*, *Ariché* e incluso a *Lorenzo*, pues cada uno de ellos lo habían ayudado en su camino.

—Si lo piensan, cada elemento se ayuda el uno al otro, es por eso que funciona. Somos nosotros los que debemos adaptarnos a ellos, como tarahumaras es nuestro deber.

—Mi abuelo me decía que había que hacer rituales para agradecer. Que normalmente se bailaba.

—Sí, eso también es verdad. Uno no puede ir por ahí tomando lo que quiere, sino sólo lo que necesita— dijo *Suré*.

En la mirada de cada niño se notaba una fascinación por lo que estaban escuchando, cada uno entendía a su manera lo que *Suré* trataba de decirles. Algunos permanecían quietos, otros movían la cabeza para ver lo que estaba alrededor suyo, y otros más empezaban a sentir el suelo en el que estaban sentados.

Jóvenes y con muchas cosas que aprender, imitaban el proceso de una semilla, desde su siembra hasta su cosecha. *Suré* tenía ahora la mirada de su abuela, y no había sido hasta ese punto en donde entendió lo importante que era para ella cada una de las historias que solía contarle de niño.

—Está bien si tienen dudas— les dijo. —Conforme vayan crecien-

---

<sup>13</sup>Fuego.

do van a ir entendiendo cada cosa, a su manera. Lo importante es que no olviden que esto es parte de su identidad.

Los niños se miraron entre todos, algunos se sonreían y otros se saludaban, había ocasiones en que sus miradas quedaban una frente a la otra y así permanecían por un rato. *Suré* estaba callado mirando aquel momento, sabía que los niños empezaban a reconocerse entre ellos, que en ese ejercicio de miradas estaba la semilla que los ayudaría crecer.

—Todo lo que tiene Iwigála respira, y por lo tanto significa que está vivo. Nosotros, los árboles, las plantas y los animales— dijo sonriente. —A veces eso se nos olvida y no está bien. Conocí a una mujer llamada *Ariché*, ella me enseñó eso.

—¿Y ella ya está muerta?— preguntó alguien.

—No sé. Pero sabía muchas cosas de éste lugar.

—¿Cómo usted?

—No, sabía más... mucho más.

Uno de los niños se acercó a él y sin decir nada tomó su mano y la comenzó a sentir. Aquel niño se tomaba su tiempo al tocar aquella mano tan arrugada que *Suré* tenía. Recorría con cuidado cada parte de ésta como si buscara algo específico. Cuando terminó, extendió su pequeña mano sobre la de *Suré*, lo miró a los ojos y le sonrió.

—¿Yo voy a tener mi manos así?

—Con el tiempo sí. Pero van a ser diferentes, estas arrugas son mías y cuando tú tengas las tuyas, van a ser diferentes— miró a



todos. —No olviden que nuestra piel sirve para relatar nuestras experiencias, no sólo cuánto hemos vivido.

*Suré* se levantó lentamente, caminó hacia un viejo tronco que ya estaba seco y los niños fueron detrás de él. Acarició con sus manos el tronco de éste y unas cuantas lágrimas brotaron de sus ojos, aquel viejo árbol era en el que su padre *Rahui* solía contarle las historias del lugar, donde su abuela *Bimorí* le había enseñado a ver de otra forma la vida, y donde él se convirtió en el viejo que ahora es. Ambos se habían visto envejecer uno al otro, juntos sobrevivieron a los climas que sólo se encuentran allá en las alturas. Aquel árbol y *Suré* eran el ejemplo de lo que él les contaba a los niños, habían formado un vínculo entre humano y naturaleza. *Suré* era uno de los pilares que sostenían el cielo, alguien que se sentía parte de su territorio.

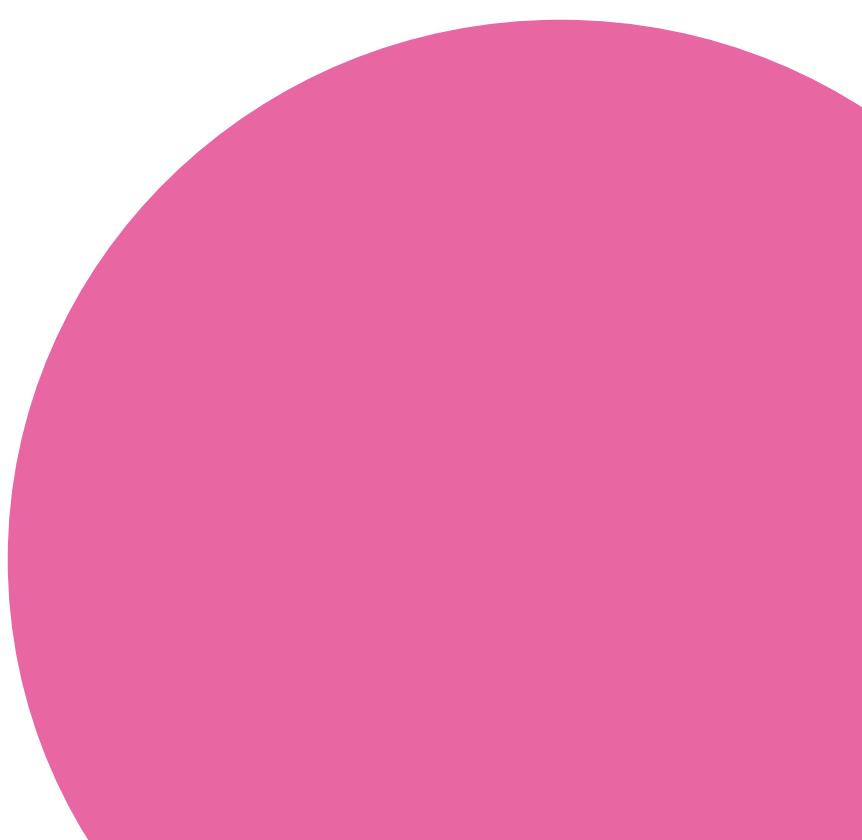
—Aquí es donde comenzó todo—les mostró una sonrisa a cada uno de ellos.

Los niños permanecieron en silencio mirando aquella magnífica imagen que tenían enfrente, viendo lo parecidas que eran las arrugas humanas a las de un árbol. Apreciando a dos seres que habían logrado sobrevivir, y que en su cuerpo tenían grandes historias marcadas.



# *Bibliografía*

---

- *GOMÉZ González, Filiberto. Rarámuri. México: Editores Chihuahuenses A.C., 1980. (Impreso).*
  - *S.A. Tarahumaras cuentos y leyendas. Comp. Lewis Merrill William. México: S.E. (Impreso).*
  - *WENDELL C. Bennet y Robert M. Zingg. Trad. Celia Paschero. Los tarahumaras una tribu india del norte de México. México: INI, 1978. (Impreso).*
- 



México, 2020